



Tardes

*La tarde equivocada
se vistió de frío.
Detrás de los cristales,
turbios, todos los niños,
ven convertirse en pájaros
un árbol amarillo.*

Federico García Lorca

La amiga tonta



—Ya en un rato nos vamos, Balta —anuncia mi nana desde la puerta de servicio.

—¡Ande, niña Marifer, termine ya de tomarse la leche que se les hace tarde! —me apura la Balta.

Mi tía Rebeca nos pidió que hoy por la tarde lleváramos unas bolsas de comida a casa de la Chepita, porque su mamá está enferma y de seguro no tienen para el gasto del mercado. Voy feliz: es la primera vez que dejan que me asome por la construcción donde vive la Chepita. Siempre quise conocer la casa de mi amiga... Ya les conté que el papá de la Chepita trabaja como guardián de construcción, ¿o no? Bueno, él es el que cuida la tremenda propiedad: esa que está a medio construir a una cuadra de mi casa. Lo malo es que tanto él como su familia han de mudarse cuando el caserón esté terminado. Y qué bueno que esa casa sí que tiene talla de ser una gran mansión: así demoran más en acabarla. Mientras, la Chepita y yo podemos vernos todas las semanas y seguir siendo amigas.

Hemos empacado muchos víveres: café, arroz, azúcar, pan, camotes, frijoles, algunas frutas y verduras y un gran trozo de carne para el caldo; ah... también: manzanilla, canela y unas

galletas de soda que le caerán muy bien a la enferma. Como es posible que no tengan refrigerador, les llevamos, por último, un latón grande de leche en polvo, de la importada, porque dice la Balta que es más consistente y de mejor calidad.

Nos topamos con Teófilo que anda afuera enjabonando el carro de mi tío Samuel, quien al ver el cargamento enorme de provisiones que llevamos mi nana y yo, deja todo para ayudarnos. Ahora yo solo cargo una bolsa con el pan de molde, así que corro para encontrarme con la Chepita.

—¡Cuidado se cae y se aplastan usted y el pan, niña! —me grita mi nana cuando ve que ya les llevo media cuadra de ventaja.

Ya en la construcción busco una puerta, pero solo veo muchas paredes de bloques crudos taponadas con enormes tablas. Los albañiles ya se fueron a sus casas y la construcción se muestra solitaria y soberbia, como un monumento macizo y eterno, en medio de un desierto desordenado de ladrillos, bloques y maderas. Las tablas de diversos tamaños se asoman como nidos enormes abandonados a la intemperie. Atrás, grandes montículos de arena aparecen como oasis rodeados de charcos y riachuelos de agua, que están salpicados de sucio cemento. Como única señal de vida, veo unas sábanas descoloridas y algunos pantalones que cuelgan intrépidos de unas sogas que se cruzan en lo alto de un callejón estrecho. Este callejón es solo un pasaje que se forma con el muro altísimo que colinda con la casa vecina, y que se extiende hacia la parte trasera de la construcción. Sin pensarlo me meto por allí y me enredo en el laberinto de ropa buscando

a mi amiga.

—¡Chepita! ¡Dónde estás, Chepita!

Al escuchar mis gritos, ella sale sonriente de uno de los cuartitos que están al fondo del callejón.

—¿Aquí vives? —le pregunto de sopetón con mi cara de espanto, al ver la mazmorra que tiene por casa.

—Sí, aquí, y si ya no quieres ser mi amiga, no voy a sentirme —contesta apenada la Chepita.

—¡Qué tonta eres, Chepita!

—¿De veras quieres seguir siendo mi amiga?

—¡Claro que sí! —afirmo y le doy un empujoncito para ver si así reacciona—. ¡Niña tonta!

—¿Yo?

—Sí, tú, ¡tontísima! ¡La más tonta del universo! —exclamo riéndome para que se ría ella también.

Me lleva, ya más tranquila, al cuartucho donde vive: las paredes toscas solo enjarradas a medias, sin una gota de pintura; tampoco hay puertas interiores. La Chepita abre una cortina y entramos en el dormitorio que comparte con sus tres hermanos. Hay una litera para dos de ellos, y en un costado se encuentra un colchón amarillento y viejo, recostado contra la pared para ahorrar espacio; allí seguramente duerme el tercero. En el rincón opuesto, está un adefesio de catre donde reposa apacible una muñeca. En una mesita a la par, veo la caja que pertenece a mis famosos zapatos de charol blanco, que ahora lleva puestos mi amiga y, por último, al lado de la caja, en un platito quiñado,

hay un chicle mascado.

—Gracias por traernos comida, Marifer; ya vi al Teófilo cargando un costalito de azúcar, de veras gracias, casi no teníamos...

—dice la Chepita—. Espérame, que en un segundo vuelvo...

Y agarra su chicle tieso, y veo que lo lleva a otro cuartito que supongo es la cocina, y le chorrea los últimos granitos de azúcar que están en un tarro sobre el escaparate al costado de la estufa. Regresa luego donde yo estoy, saboreando su chicle despacito, masticando ese pegote duro una y otra vez, como si fuera el más espléndido de los manjares.

—El poquito de azúcar que nos quedaba, estaba guardándolo para el té de mi mamá, pero ahora, gracias a ti, tenemos de sobra. ¡Mil gracias!

—De nada —digo yo, aún inmóvil y asustada al verme cara a cara con la Chepita y su pobreza.

Felizmente, en medio de esa pobreza infinita vive una flor... En el marco de la minúscula ventana, al lado de la camita de la Chepita, descansa en una maceta de barro una margarita raquítica, dando un pequeño toque de esperanza a esa humilde habitación que, también, zarandea mis sentidos que no salen del asombro. Luego veo una cartulina donde está pegada una foto, es la que hace poco nos tomamos juntas la Chepita y yo; las dos estamos abrazadas y muy contentas. Ella morenita, con su pelo negro amarrado en dos brillantes trenzas y su carita sincera, flaquita, sus ojos sonriendo ternura; yo, en contraste, como en un claroscuro de Goya, con mis mechones de pelo claro, mi tez color

canela y mis pecas doradas resaltando en mi nariz. Esa misma foto la tengo yo. Mi padrino nos sacó dos, pero esta tiene algo que la diferencia de la mía: hay un corazón dibujado con lapicero rojo arriba de mi cabeza. Al lado, en la cartulina, la Chepita ha escrito: «Marifer, la mejor amiga del mundo».

Me emociona sentirme tan querida... Sin darme cuenta, tomo la foto y la estrecho contra mi pecho, luego siento el abrazo suavcito de la Chepita, mi mejor amiga, mi amiga tonta, pero ¡la mejor del mundo!

